

Índice



La voz de Raphael, por Enrique Bumbury.....	9
1. Prolegómenos para un mito moderno o antimoderno.....	11
2. Orígenes.....	15
3. 1965: el año de la consagración	29
4. Raphael y el festival de Eurovisión.....	41
5. Canta... Raphael.....	51
6. Digan lo que digan.....	59
7. La poética del gesto	79
8. Raphael 68.....	83
9. El mito en los albores de los sesenta.....	91
10. Los setenta de Raphael	99
11. El amor de Natalia Figueroa	117
12. Volveré a nacer	125
13. Le llaman Raphael.....	135
14. Amor mío.....	151
15. Raphael en Rafael.....	161
16. A fondo.....	169
17. En carne viva.....	175
18. Enamorado de la vida.....	185



19. Encuentro con José Luis Perales.....	191
20. Toda una vida.....	201
21. Las apariencias engañan.....	205
22. Maravilloso corazón, maravilloso.....	209
23. Andaluz.....	213
24. Ave Fénix	217
25. Fantasía	221
26. Punto y seguido... ..	225
27. Maldito Raphael.....	231
28. Volver tras el trasplante	235
29. Raphael vuelve por Navidad	245
30. Cerca de ti.....	247
31. 50 años después.....	249
32. Te llevo en el corazón	253
33. El reencuentro.....	257
34. Amor y desamor.....	261
35. Raphael <i>sinfónico</i> y <i>resinfónico</i>	263
36. Infinitos bailes.....	267
37. Sesenta años de raphaelismo	273
Discografía esencial	281
Filmografía esencial	289
Bibliografía básica	291
Agradecimientos.....	293



La voz de Raphael



Hemos crecido en un mundo en el que las canciones y la voz de Raphael estaban presentes desde la cuna, sonando en la radio y en la televisión, en las Nochebuenas y en las discotecas, en los teatros, en los auditorios, en los pabellones y en las plazas de toros. En Latinoamérica y en España, en Rusia y en Estados Unidos y allí en nuestro pueblo natal. No concebimos nuestra existencia sin la banda sonora emocional de las pasiones y de los dramas de cada una de las melodías que nos ha cantado y que nos sigue cantando con su voz de otro planeta.

A Rafael Martos tuve el privilegio de conocerle hace ya veinte años. En el 2001, cuando estaba produciendo a Elefantes, en los estudios Sintonía. Diego Torán, A&R de la compañía discográfica EMI, para la que ambos grabábamos en aquel entonces, me comentó que estaban preparando un nuevo disco de Raphael con la idea de renovar sonido y repertorio para acercarlo a las nuevas generaciones. La idea era que Raphael cantara “Maldito Duende” y que yo le produjera la canción y alguna otra cosa que se me ocurriera. Me presentaron a Raphael en una comida y nos caímos muy bien. Me sorprendió su sentido del humor, su naturalidad y su modestia, viniendo de alguien que ha vendido más discos de los que caben en una calculadora (¿a alguien más le han dado un disco de uranio?). Por alguna razón, el proyecto que yo tenía en mente, grabar con él dos o tres canciones en Londres con un rollo *soul* tipo Tom Jones, no cuajó o no gustó. Finalmente, fue el muy talentoso Carlos Jean quien se encargó del proyecto “Maldito Raphael” (2001), donde sí apareció su versión de “Maldito Duende”.



Afortunadamente, la amistad y la relación entre el maestro y yo continuó y nos vimos con asiduidad en esos meses siguientes. Fui a verle actuar en Barcelona en el musical *Dr Jeckyll y Mr Hyde* (2001) y hablamos de que le escribiera alguna canción original para su próximo álbum, *De Vuelta* (2003). Ahí aparecen dos composiciones que, posteriormente grabé también yo: “Desmejorado” y “Dos clavos a mis alas”. También le mandé dos canciones populares latinoamericanas con nuevos arreglos, que me parecía que le podían funcionar muy bien: “Vámonos” y “Aunque no sea conmigo”.

Para su disco del 2006, *Cerca de ti*, le pasé un puñado de canciones, de las que seleccionó cuatro, si mi memoria no me falla, ¡que suele hacerlo a menudo! “Solo una vez más”, “Soy como soy”, “Ven y camina conmigo” y, sobre todo, “Ahora”, que se ha convertido en la canción que más ha cantado en directo desde entonces, convirtiéndose en un pequeño *hit* de su última y más reciente época, de lo cual no me puedo sentir más orgulloso. Para mí, aportar una canción más a su repertorio inagotable e inalcanzable es un mérito y un logro que en absoluto soñaba ni al que me atreví nunca a aspirar. Mi última aportación ha sido para el disco *Infinitos bailes* (2016), en el que aparece una canción que me gusta mucho y que se llama “La duda desnuda”.

Durante todo este tiempo, nos hemos escrito y nos hemos juntado para comer en ocasiones puntuales, menos de las que me hubiera gustado. Hemos cantado en algunas ocasiones, en televisión y en estudio. Le he visto en vivo en bastantes ocasiones y, en los momentos importantes, nos hemos felicitado por nuestros logros (mayúsculos en su caso, menores en el mío). Poder contar con su apoyo y con su cariño es algo por lo que me congratulo, que me emociona y por lo que siempre le estaré agradecido. Que cante —¡encima!— alguna canción escrita por mí, me resulta algo por lo que me tengo que pellizcar de tanto en tanto. Sé que todavía no he escrito la gran canción que me gustaría dedicarle. Sé que no podré compararme tampoco con sus grandes autores —¡gigantes!— como Manuel Alejandro o José Luis Perales. Sea como sea, sabe que puede contar conmigo, a nivel personal y profesional, para lo que necesite.

ENRIQUE BUNBURY

1

Prolegómenos para un mito moderno o antimoderno

“Hay que ser absolutamente moderno”.

ARTHUR RIMBAUD

“Hoy la única modernidad digna de ese nombre es la modernidad antimoderna”.

MILAN KUNDERA

Llama la atención el consenso establecido en torno a Raphael. No siempre fue así. Raphael ha sido un artista popular, inmensamente popular, pero sujeto a la constante controversia. ¿Moderno? ¿Antimoderno? ¿*Camp*? ¿Revolucionario? Figura melódica del franquismo, mimado en cierto modo por el régimen en los años de la España del desarrollismo y del *boom* turístico, lo que no puede negársele es su vigencia a lo largo del tiempo y el respeto ganado a pulso entre sus compañeros de oficio, algunos de ellos en las antípodas de su estilo, al menos, en apariencia. Raphael ha seguido perfectamente aquel axioma del Nobel Camilo José Cela: “En España, el que resiste, gana”, frase que, por cierto, inspiraría la canción “Resistiré” con letra de Carlos Toro, que popularizaría el Dúo Dinámico y que Raphael grabaría en su disco *6.0*, con el que celebró sesenta años de música.

Raphael ha sido un corredor de fondo, un profesional intachable que ha resistido a los embates del tiempo y que ha logrado sobrevivir a los bandazos de la moda. No ha dejado de estar en el candelero, reinventándose, cruzándose con artistas más jóvenes y manteniendo la fidelidad de su público.



Ha sabido, incluso, sobreponerse a síntomas evidentes de agotamiento y de decadencia. De esas encrucijadas ha logrado salir más reforzado.

Aproximarse a Raphael significa aproximarse a la memoria musical y sentimental de un país, a un artista que supo traspasar fronteras y trazar en su cancionero unas huellas muy precisas, que no pueden explicarse sin atender a la inspiración de Manuel Alejandro como compositor de canciones, aunque este, en un arrebató de falsa modestia, se haya definido alguna vez como un músico desafinado y un escritor con faltas de ortografía.

Raphael ha devenido en mito popular, encantado de conocerse, con un divismo que ha sido también esencial para comprender al personaje. Ha convencido hasta a los más escépticos. El escritor argentino Rodrigo Fresan ha sido uno de los que mejor ha sabido adentrarse en este territorio misterioso que es el territorio Raphael en un artículo titulado de manera muy explícita: “La bestia pop”:

En cualquier caso, Raphael es el “Expediente X” de la música popular hispana, el villano invitado de Batman: torcido, inexplicable, sobrenatural, difícil de creer. Raphael es consciente de esto, pero, no por eso, deja de creer fervorosamente en Raphael. Raphael es el alfa y el omega. Raphael es —en tercera persona y según Raphael— “el artista que ha vendido más discos que los Beatles” y “el inventor de la canción de protesta con «Digan lo que digan»” y el orgulloso poseedor “del único disco de plutonio porque a la compañía le salía más barato eso que varios discos de platino”. Raphael es también —me consta, me lo dijeron ellos— el tipo por el que gente como Serrat o Sabina sienten un respeto casi supersticioso y el protagonista de varias leyendas urbanas que, por temor a cuestiones legales, me niego a transcribir aquí. Raphael es, básicamente, el tipo que canta tanto “La canción del tamborilero” como “La Bamba” o “Gracias a la vida” o “Toco madera” o “El gondolero” o “Escándalo”. Las canta, por supuesto, a lo Raphael: cuando agarra una canción entre sus mandíbulas —como esas que le componía a medida Manuel Alejandro durante sus años más dorados—, el Niño de Linares no la suelta hasta que la convierte en algo irreconocible, nuevo, raphaélico...

He sido testigo de eso que escribió Fresan en *Página 12*, de esa fuerza telúrica —algo histriónica, todo sea dicho— que ha convertido a Raphael en una bestia pop incuestionable. He tenido las mayores prevenciones hacia su arte, pero, finalmente, he comprendido que la obra de Raphael merecía una revisión para tratar de comprenderla, de ubicarla en su contexto, de explicar el porqué de su trascendencia y de su vigencia como artista durante tantas décadas.



Lo que sorprende es la escasa bibliografía con sustancia dedicada al artista. Al margen de sus propias memorias, no hay publicaciones de interés que hayan desmenuzado su cancionero con la perspectiva del tiempo, salvo el poco difundido, pero excelentemente editado, *Raphael en concierto*, firmado al alimón por tres autores mexicanos: Juan Pedro Hernández Osuna, Juan Pedro Hernández Cebrero y Lucía Natasha Hernández Cebreros. Comencemos esta apasionante aventura de explicar lo inexplicable, explicar a Raphael.



2



Orígenes

“Mi padre era obrero de la construcción. Se jugaba la vida en el andamio por cuatro perras. Y esas cuatro perras, más lo que mi madre se apañaba en sacar con muchos sacrificios, era todo lo que entraba en casa”.

RAPHAEL

“Dentro de un año tú ya no eres nadie”.

FRANCISCO BERMÚDEZ a Raphael

Todo tiene un comienzo. Raphael ha contado que sus orígenes fueron humildes, pero no miserables. Era un niño feliz, un gordito feliz, como ha gustado decir con cierta ironía y gracejo. La infancia son recuerdos que conformarán el espíritu del adulto que seremos. El apodado como niño de Linares empezó presentándose, como tantísimos artistas noveles, en concursos radiofónicos como “Conozca sus vecinos”, en los que obtuvo algunos éxitos y en los que solía cambiarse de nombre para poder sonar más y mejor, llamándose Rafael Granados o Marcel Vivancos. Después de aquellas experiencias radiofónicas fundacionales, llegaría su primer disco con Philips, sin demasiada repercusión, y desde el principio con Manuel Alejandro como factótum de sus canciones.

Aquella unión artística fue posible gracias a Paco Gordillo, hijo del maestro Gordillo, y que ya actuaba de representante artístico de Raphael y de amigo de su familia. Fue el primero que creyó en Raphael y quien le puso



en el camino a Manuel Alejandro. Casi nada. En sus memorias, Raphael afirma: “Paco Gordillo forma parte de mi historia... Además, casi desde el principio. Terminé siendo su padrino de boda y el padrino de su primer hijo. Lo mismo que me pasó con Manuel Alejandro”.

Lo concerniente al origen del artista, a sus comienzos, se ha contado, de una manera u de otra, en las copiosas “hagiografías” del personaje y en el documental *Raphaelismo*, producido por Movistar, y estrenado a principios del año 2022. Sesenta años antes, en 1962, se produce un hecho clave en la trayectoria de Rafael Martos, verdadero nombre del ídolo, sin la *ph* incorporada. Ese año triunfa en el Festival de Benidorm. Es a partir de este triunfo que empieza la génesis y la construcción del mito, quedando atrás sus actuaciones en el cabaret La Galera, donde cobraba ciento ochenta pesetas. La Galera era un local con señoritas de alterne, situado en la calle Villalar de Madrid. En ese local prostibulario Raphael se dio cuenta de que despertaba interés en una audiencia que no iba precisamente allí a escuchar música. Estamos en la España del desarrollismo. Es importante remarcarlo. La España en la que para ser artista uno tenía que obtener el carné de Teatro, Circo y Variedades. En el Teatro Fuencarral le rechaza el mismísimo Antonio Ruiz Soler, conocido artísticamente como Antonio, el bailarín con el que luego tendrá otro incidente en el Teatro Bellas Artes de México y con el que terminará reconciliándose.

Raphael va a ser un ídolo pop en un contexto de desarrollo económico y social y de clases medias emergentes. La España que ora y bosteza del franquismo sociológico se destensa en apariencia, y hay que subrayar lo de apariencia, porque la dictadura sigue estando ahí y saca músculo represivo cuando la situación se enrarece. No olvidemos hechos concretos que acontecen en esos años sesenta de *boom* turístico y de celebración de los veinticinco años de «paz», absolutamente entrecomillada. En 1963 se condena a muerte, por medio de un consejo de guerra, a Julián Grimau, a cuyo deceso cantará Violeta Parra “¿Qué dirá el Santo Padre?”, y en 1969 el franquismo acaba con la vida del estudiante Enrique Ruano y se decreta un estado de excepción. La música pop es un balcón abierto por donde entran melodías más o menos confortadoras, alivios contra la infamia circundante. Surge Marisol, niña prodigio sesentera, que terminará asfixiada por su productor y descubridor, Carlos Goyanes. Raphael avanza con paso firme como estrella canora de aquella nueva sentimentalidad que él viene a representar.

Lo dijo Manuel Vázquez Montalbán, que nunca daba puntada sin hilo: “Raphael es una síntesis de zarzuela y *teenager*”. Curiosa mezcla, cuando



menos, en una década musicalmente gloriosa. La década en la que surgen Los Beatles, los Rolling Stones, Bob Dylan, en la que se consagra Jacques Brel en el Olympia parisino, en la que el folk, el rock y el pop se cruzan para enriquecerse y conducir a la música popular a lo más alto. En Raphael habrá algo de carpetovetónico, pero también cierta modernidad, de ahí esa descripción de Vázquez Montalbán, quien indagará sociológicamente en la música popular de aquellos años en obras como *Crónica sentimental de España*.

Antes de Raphael, la España franquista navegaba musicalmente en lo muy autóctono con predominio de un andalucismo musical mal entendido. La copla, siempre reivindicable, fue instrumentalizada por el poder, sometida al estereotipo, incapaz de salir del inmovilismo. Lo mismo puede decirse del flamenco, cuyos sones venidos de los tabancos jerezanos tanto influirán en Manuel Alejandro. Son años de represión y de autarquía en los que la radio musical no salió del lugar común, con alguna excepción. Bonet de San Pedro puede convivir con Concha Piquer. El bolero y la copla son los géneros musicales dominantes. Y dentro de lo andaluz surge la figura popularísima de Manolo Escobar, representante de la llamada “canción española”, que no es otra cosa que canción andaluza. Se impone, por tanto, un folclorismo de consumo interno. Manolo Escobar se sitúa en primera línea musical, no solo en lo discográfico, sino también en lo cinematográfico, protagonizando en los años sesenta comedias de enredo hechas a su medida donde se reivindican los valores tradicionales. Un ejemplo ilustrativo: la película *Un beso en el puerto* (Ramón Torrado, 1965), en la que Manolo Escobar canta cosas como “La minifalda” o “Viva el sol de España”, en un contexto de consumo, de desarrollismo y de turismo. En cierto modo, salvando las distancias, Raphael tomará el testigo de Manolo Escobar y cobijará en su garganta un tiempo musical nuevo, al menos, en apariencia.

No podemos olvidar en estos años el fenómeno que representa el Dúo Dinámico, porque significa la aceptación del modelo anglosajón y de un incipiente *rock & roll*. Manolo de la Calva y Ramón Arcusa son pioneros en muchos sentidos. Atraen a una audiencia pop y juvenil, propician el surgimiento de un club de fans y son uno de los antecedentes preclaros del raphaelismo.

Raphael representa musicalmente la modernización de la España de los años sesenta. Musicalmente, el país se va abriendo a la influencia foránea, no solo a la música anglosajona, sino también a la fresca pop que llega de Francia o de Italia. Hasta tal punto, que a finales de los sesenta encontramos



una heterogeneidad de estilos ciertamente enriquecedora, bien estudiada por la musicóloga Celsa Alonso. Raphael es parte sustancial de esos vientos de cambio.

En el capítulo “El pop en España” de la *Gran Enciclopedia de la música pop* (1900-1973), dirigida por José María Iñigo y Jesús Torbado, el fenómeno Raphael se sintetiza en su relación con la tonadilla. Es decir, que su éxito se justifica en la medida que es un tonadillero clásico que conecta con la tradición musical de la España de posguerra. Se valora su enorme profesionalidad, cuestión nada baladí, porque Raphael es el primer artista popular de nuestro país que dignifica el oficio de cantar y que exige unas condiciones mínimas para el cantante itinerante que ha de actuar en distintos escenarios. Este profesionalismo y esta dignificación se los reconocerán hasta sus detractores.

Raphael nace el 5 de mayo de 1943, el mismo día que nace un tal Karl Marx, unos meses más tarde nacen Julio Iglesias, un 23 de septiembre, y Joan Manuel Serrat, un 27 de diciembre. Buena cosecha, por tanto, la del 43. En la referida *Gran Enciclopedia de la música pop*, para explicar a Raphael se recurre a una frase del poeta gaditano José María Pemán, muy cercano al cantante: “Raphael no tiene diez mil novias, sino diez mil madres”. Pemán, vituperado en nuestros días, fue cantor del Raphael pop, y algo tuvo que ver también en que fructificara su relación con la periodista Natalia Figueroa. Pero de estas cosas hoy ya nadie se acuerda.

En esa década de los años cuarenta, de posguerra y hambre, triunfa una canción titulada “La vaca lechera”, con letra de Jacobo Morcillo, antiguo comisario franquista, y música del maestro Fernando García Morcillo (a quienes no unía ningún parentesco). Es la década en la que surge el personaje de Carpanta, devorado por el hambre, y que debemos al dibujante Escobar. El humor como forma de huida en años de penitencia. Como quiera que el mundo es un pañuelo, Jacobo Morcillo sería muchas cosas, además de letrista de canciones, y empezaría a trabajar con Augusto Algueró a finales de los años cincuenta en editoriales musicales como Canciones del Mundo, donde un muchacho llamado Rafael, aún sin el añadido universal de la *ph*, ejercía de botones y ya canturreaba con evidente soltura y tino.

Raphael nació en Linares, aunque en algunas biografías se diga que nació en Martos. El natalicio aconteció en el Hospital de los Marqueses cuatro años antes que en la habitación contigua ingresara herido de muerte el torero Manolete. De hecho, en alguna que otra biografía se quiso situar el año de nacimiento de Raphael en 1947, el mismo año en que Islero cor-



neara trágicamente a Manolete. En 1996, el Ayuntamiento de Linares decidió rotular una calle con su nombre. La céntrica calle Orfila pasaría a denominarse Rafael Martos, Raphael, en honor al artista linarense, que nació en la calle del Doctor, donde ya había una placa en su honor. La propuesta venía del Partido Popular y fue aprobada por todos los grupos municipales. Curiosamente, el único grupo que se abstuvo fue el PSOE, aunque el concejal socialista Luis Rentero rompió la disciplina de voto de su partido y votó en contra.

Raphael nace en Linares, la misma ciudad en la que nació la escritora, poeta y profesora Fanny Rubio, que lo evoca con estas palabras:

Raphael me lleva un puñado de años y no coincidimos en Linares más que el día que le dedicaron un museo en Linares. Nunca me gustó que cantara “Yo soy aquel que por la noche te persigue”, pero en una conferencia que di en Tirana en 2008 en Navidad, los niños albaneses de un colegio me recibieron en español cantando “El tamborilero” y me emocionaron.

A edad tempranísima, el niño Rafael Martos ya reside en Madrid en el barrio de Cuatro Caminos, en el tercer piso del número 1 de la calle Carolinas, esquina Bravo Murillo, frente a la iglesia de San Antonio. Pese a esa pronta marcha a la capital, Raphael siempre defenderá sus raíces andaluzas y llegará a grabar un disco en 1990 titulado, precisamente, *Andaluz*, que empezaba con “Échale guindas al pavo” y terminaba con “La bien pagá”. El Raphael tonadillero se mostraba aquí en su máxima expresión.

En esta andadura artística es obligado remontarse a finales de los años cincuenta, cuando Raphael entra en la escuela del maestro Manuel Gordillo. Viene de una infancia feliz con participación incluida en el coro de la iglesia de San Antonio bajo la batuta de un fraile capuchino, el Padre Esteban. Remito a las memorias de Raphael, *¿Y mañana qué?*, que constituyen un documento importante para indagar en esos recuerdos del artista linarense antes de la fama. Mucho de lo que se cuenta ahí, sin la sustancia de la letra impresa, se repetirá en el documental *Raphaelismo*. En esas memorias escritas hay referencias a sus tres hermanos y a su hermana fallecida a los pocos meses de que él naciera. «Yo era un niño extrovertido», apuntaba en el primer capítulo “Mi barrio, mi gente, el Padre Esteban”, antes de hacer mención obligada a sus progenitores, a su casa madrileña de cuatro balcones y al fraile capuchino Esteban de Cegoñal, que le preguntó al niño qué era lo que cantaba y él dijo que “La Tani”, nueva referencia al mundo de la copla.

En la escuela del maestro Gordillo acudirán otras futuras estrellas, como Rocío Durcal o Massiel. Con Rocío compartirá escenario en varias ocasio-



nes, cantando “Cómo han pasado los años”, “Qué sabe nadie” e, incluso, el villancico popular “Yo me remendaba”, en uno de esos inevitables e infaltables momentos navideños de Raphael. Massiel intervendrá y le elogiará en la película *Rafael en Raphael*, dirigida por Antonio Isasi Isasmendi, que vio la luz en 1975, esa Massiel capaz de pasar sin despeinarse del “La, la, la” eurovisivo a cantarle a Bertolt Brecht y que respetaba a Raphael como currante del oficio cantor:

A Raphael y a mí nos une el tremendo amor a la profesión y el respeto por el trabajo. Lo que nos separa, probablemente, es que ideológicamente la temática de nuestras canciones no tenga muchos puntos en común. Pero yo de pequeña era más intensa, ahora soy más vital e, incluso, puede que tengamos algo que ver, porque yo vuelvo a cantar el amor y es el único tema que ha tocado siempre. Yo creo que nos unen más cosas que nos separan. Nos separa el público. El público de Raphael es paternalista, maternalista, lleno de señoritas jóvenes quinceañeras de un determinado estrato social muy cualificado. Es un público de señoras de cuarenta para arriba que quisieran tenerle como hijo ideal porque es así como moffetudo y tierno...

Antes de la consagración de Benidorm, remedo de San Remo, Raphael gana concursos radiofónicos, medio de promoción idóneo en la época, y canta, como ya se ha referido, en un local modesto llamado La Galera. En alguna de esas noches de actuaciones en locales de dudosa reputación conoce a un joven pianista llamado Manuel y apellidado Alejandro, natural de Jerez de la Frontera, encuentro providencial, porque de ahí nacerá una amistad y una complicidad musical que definirán el repertorio canónico de Raphael.

En el correr del año 1961, Raphael debuta en televisión, medio clave en su progresión artística. Conseguirá entonces una audición para la casa Philips, multinacional holandesa situada en el madrileño paseo de las Delicias, y esa *ph* de Philips será la que se incorporará a su nombre:

Yo iba a grabar en Philips, y aquella *ph* del comienzo del nombre de aquel imperio industrial no hacía más que llamarme desde el cartel luminoso que coronaba el edificio del paseo de las Delicias. Y, de repente, se hizo la luz, nunca mejor dicho. RAPHAEL. Para empezar, la *ph* alargaba, a efectos gráficos y visuales, la ortografía de mi nombre de pila. Por otro lado, me permitía llamarme Raphael a secas, sin apellidos ni nada. Cosa nada corriente entre los artistas españoles de aquella época.

El punto de inflexión del ascenso a los cielos profesionales de Raphael será Benidorm, la primera noche en la que el artista dijo que lloró por el placer de llorar, y en cuyo Festival triunfa en 1962 cantando “Llevan”. El



jovencísimo cantante que acude a ese escaparate ya sabe cuidar la voz y comportarse como un profesional. Ese celo le lleva al triunfo frente a la displicencia de sus competidores.

Para la ocasión pintiparada y festivalera presentó la friolera de trece temas, exceso que no se tomaron muy bien sus competidores. De “Llevan” y de “Cada cual” grabaría una versión en 1964 el cantante mexicano Javier Vega, anticipando la mitomanía que Raphael despertaría en México en un breve lapso de tiempo.

El periodista Miguel de los Santos, en sus memorias, recordaba a Raphael de la siguiente manera:

Sin apenas esfuerzo, y aun sin proponérmelo, he logrado situar en mi memoria mis primeros recuerdos de la televisión. Como espectador, fue una tarde de septiembre de 1962, Raphael acababa de proclamarse vencedor en el Festival de Benidorm con una canción titulada “Llevan”, y yo le invité a una entrevista en el programa musical *Escala de la fama*, que presentaba en directo todas las tardes en Radio Intercontinental. Terminado el programa, en cuya entrevista pudimos emitir la canción ganadora, gracias a que él mismo había tenido la precaución de llevar el disco, quiso tener un detalle conmigo regalándomelo. Para no desprenderse del único ejemplar que tenía, me pidió que le acompañara a una tienda llamada Faraday, situada a pocos metros de la emisora. Intenté disuadirle asegurándole que, antes o después, su casa discográfica me lo haría llegar. No lo conseguí y diez minutos después estábamos en Faraday, donde la sorpresa de las empleadas fue mayúscula, no solo cuando le vieron entrar por la puerta, sino y sobre todo cuando el cantante les solicitó comprar un ejemplar de su propio disco. El caso es que, entre las fotografías que hubo de hacerse con ellas, la firma de autógrafos, la búsqueda del disco, empaquetarlo, etc., estuvimos cerca de media hora en el establecimiento...

Miguel de los Santos se reencontraría con Raphael en numerosas ocasiones. Por ejemplo, en el año 1979 sería el invitado de su programa *Retrato en vivo*. El programa se abrió con Raphael interpretando “El buscador de aplausos” y con esta introducción del periodista:

Hoy tenemos aquí a uno de los artistas más personales que España ha producido en los últimos tiempos. Como tal es un personaje discutido, elogiado y admirado. Un personaje que figurará entre los que han protagonizado la historia grande o pequeña del último tercio del siglo veinte en España. Es uno de los pocos seres que tienen el privilegio de poder decir que en su tiempo ha sido conocido por el cien por cien de sus compatriotas.

El primer EP de Raphael aparece en 1962, pero debe de grabarse un año antes con las siguientes canciones: “Tú, Cupido”, “Inmensidad”, “Te



voy a contar mi vida” y “Perdona Otelo”. De “Tú, cupido” hay una versión previa grabada por Karina en un disco de RCA titulado *Benidorm III Festival Español de la canción*. De aquella primera cosecha, “Inmensidad” ya poseía el masoquismo sentimental del que haría gala en sucesivas oportunidades: “Inmensidad de mi fracaso / inmensidad de mi agonía...”, cantaba un jovenísimo Raphael, extremadamente delgado, que la llevó en su noche de debut en La Galera con el acompañamiento al piano de Manuel Alejandro. “Inmensidad” era la exposición de un fracaso sentimental y trataba veladamente de una prostituta que el protagonista de la canción no puede sacar del fango de su propio oficio.

Lo importante de este primer disco es que ya figura como compositor Manuel Alejandro, que firmará los grandes éxitos del cantante. Entre estas piezas bautismales también se encontraban ligerezas como “Alta costura” o interpelaciones amorosas llenas de garra y de nervio como “Tu conciencia”, preámbulo de la desmesura consustancial al artista, que ya gusta del seseo, cuya utilización deberá mucho al consejo de Tomás Muñoz, peso pesado de Hispavox, que entendía que seseando tenía más posibilidades en el mercado sudamericano.

“Alta costura” y “Tu conciencia” aparecerán en un EP del sello Barclay junto a “Me dirás” y “Precisamente tú”. Raphael se acompañaba de Michel Colombier y su orquesta. A Eddie Barclay le atraía la voz de Raphael, el cual, estando en París, se fija en las marquesinas del Olympia, donde sabe que algún día su nombre lucirá con todos los honores. Mientras tanto, graba unas canciones primerizas en las que se busca cierto cosmopolitismo a lo Sinatra y una estética fotográfica en portada rutilante, notablemente expresiva, con Raphael en plan ídolo con cabeza y brazo hacia lo alto, en claroscuro, con la chaqueta quitada. Tenía dieciséis años. Todo muy teatral. “Había en París —cuenta Raphael en *¿Y mañana qué?*— un bailarín español, Waldo, ya retirado, gran amigo del maestro Gordillo, que, tras haber escuchado uno de mis discos, se lo había hecho llegar al dueño de la Barclay, Eddie Barclay. Este se interesó inmediatamente por mi voz. Tanto debí gustarle o impresionarle, que se empeñó en conocerme”.

Aquella fue la primera vez que el futuro ídolo de multitudes vio París, la Ciudad de la Luz. Durante más de un mes, Raphael se alojó en un hotel del Barrio Latino. Alfredo Tocildo cuenta en su libro sobre el cantante que, en esas largas noches de espera, en esas madrugadas grises de París, en estos días fríos de aquel riguroso invierno, Raphael maquinaba su futuro guiado por la intuición extraordinaria que siempre le acompañó. Raphael



tenía claro que quería cantar y dejarse la vida en los escenarios. Las largas esperas infructuosas no iban con él. El cantante recuerda aquel frío de París como superior al que experimentó en Rusia. Claro que en Rusia ya era ese cantante multitudinario que sentía el calor del público, aun en la crudeza de los inviernos, y en París, en cambio, era ese joven aún desconocido que quería llevarse la canción y la vida misma por delante.

Este disco de Barclay, fechado en 1963, grabado en los estudios de la Avenida Hoche, número 9, distrito 8 de París, llega a manos del cordobés Tomás Muñoz, otro andaluz en liza, ejecutivo discográfico que desarrollará su instinto musical en Hispavox y en CBS. De todo aquello hará recuento en su autobiografía titulada *Memoria banal*. Aquel EP traía en parisina portada a Raphael delante de Notre-Dame. Para Tomás Muñoz, ajeno a la música en español, aquel disco supuso una revelación:

Entusiasmado, hice desfilar a todos los *discjockeys* por mi despacho, pues intuía que lo que tenía entre las manos era una bomba. En esos años ya hacía viajes a España cada seis meses. Uno de ellos coincidió con la llegada de este disco a México y, nervioso, lo presenté a los directivos de Hispavox. No podían creer que me gustara. El cabecilla de aquel grupo, que hoy presume de descubridor de Raphael, me lanzó la siguiente pregunta:

—¿Cómo te puede gustar ese..., que es *un office boy* que nos trae los cafés en la Cuesta de Santo Domingo?

—Pues sí, me gusta —contesté— y creo que es El Cordobés de la canción.

Uno de los propietarios de la compañía, José Manuel Vidal, ya confiaba en mis entusiasmos por experiencias previas, así que le sugerí que intentáramos comprarle el contrato a Barclay. Este, sin saber qué hacer al fin y al cabo con un chico español, nos ofreció todos los derechos por quinientos dólares. Pasé una tarde con Raphael y el maestro Sellés en la oficina de la editorial del maestro Gordillo, donde Raphael me contó su vida y, de la mano, del mencionado maestro Sellés, me volvió a cantar sus primeras canciones, compuestas por Augusto Algueró y Manuel Alejandro. Estaban grabadas en el sello Phillips, que también le había dado la libertad porque no veía su futuro.

Volví a México, y unos meses más tarde tuve noticias de un recital histórico ofrecido en el Teatro de la Zarzuela de Madrid. Según las crónicas, el éxito fue absolutamente definitivo. Unos meses después, “Yo soy aquel” vendía doscientas mil copias en seis semanas, batiendo todos los récords del mercado español hasta ese momento. Su eco se extendió hasta llegar a América, donde yo puse mi pequeño esfuerzo al frente. El señor Bermúdez, su mánager, me visitó para ir a entrevistarnos con don Pepe León, de Terraza Casino —caballeroso, leal y amigo fiel a nuestros compromisos por muchos años— y con la viuda Miranda,



propietaria de El Patio. Ambos, unidos en la aventura, no habían dejado de traer a reconocidos artistas a sus cabarés: desde Marlene Dietrich o Domenico Modugno, hasta Los Iruñako. Ahora les proponía a Raphael y, cándidamente, ante la mirada de la viuda Miranda, me preguntó Don Pepe:

—Don Tomás, honestamente, ¿no cree usted que ese chico grita demasiado?

—No se preocupe, don Pepe, tenemos en Raphael a uno de los cantantes jóvenes más importantes de la historia.

El 4 de abril de 1967 hizo su presentación en El Patio de México. No pude presenciar su espectáculo durante los primeros días, pues tenía que irme a Michigan: no había visto en mi vida un fenómeno igual. La gente se le entregaba apasionadamente y el acompañamiento que hacía un pianista como Manuel Alejandro a aquel jovencito de dieciocho años generaba estremecimiento en los oyentes. Incluso llegó a crearse un mercado negro de entradas; Cantinflas, María Félix y todos los grandes de México se hicieron asiduos a sus actuaciones. Había surgido un fenómeno comparable solamente al de Manuel Rodríguez Manolete, que había conquistado el corazón de los mexicanos. Otto Mayer se levantó de su mesa y me dijo la frase definitiva: «Solo surge un artista de ese nivel en cada generación».

Dejamos el testimonio de Tomás Muñoz, clave para entender el Raphael triunfante de Hispavox, para regresar a la figura de Manuel Alejandro, que solía actuar y ganarse la vida en un *pub* de la madrileña calle Ballesta, un club de alterne llamado Picnic. Los largos dedos del joven pianista jerezano acariciaban un viejo piano en un contexto no precisamente adecuado para crecer musicalmente. Su encuentro con Raphael resultó providencial, como lo fue el surgimiento del trío que formarían Alejandro-Gordillo-Martos, o lo que es lo mismo, el que compone, el que contrata y el que pone la voz.

Los comienzos nunca son fáciles o no deben serlo. Uno debe conocer de algún modo la adversidad para crecer artísticamente. Las primeras veces de Raphael fueron duras. A veces, alguien del público le espetaba eso de «maricón», insulto de esa España de galopante homofobia. Lo escucharía varias veces, incluso en uno de los recitales dentro del marco de los Festivales de España. Raphael fue haciéndose a sí mismo en los escenarios patrios con públicos diversos. Y empezó a grabar canciones, a edificar una discografía que con el tiempo sería monumental, en varios idiomas.

En la primera entrega de Raphael destacaba “Te voy a contar mi vida”: “Antes, mucho antes de enamorarte / te voy a contar mi vida”. El amor es el eje del cancionero sentimental de Raphael desde sus comienzos. Y también, desde el principio, Raphael quiere dotar a su gran voz de un registro



interpretativo, de una puesta en escena actoral, dramática. En cierta ocasión, en una carpa, en un teatro portátil y ambulante en Cuatro Caminos, vio a Josita Hernán interpretar la calderoniana *La vida es sueño* y dijo que eso es lo que quería ser: actor. Y hacer comedias en tres minutos. Importa y mucho esa querencia innata por la teatralidad, por lo gestual, a lo Marcel Marceau, algo que le hará conectar con grandes nombres de la *chanson* más expresiva, como Jacques Brel, al que versionará en los años setenta.

Pero hay que volver la vista a Benidorm, en el que Raphael logra tres primeros premios por “Llevan”, “Quisiera” y “Cada cual”. La consecuencia de este éxito será la publicación de otros dos EP con “Llevan” y con “Quisiera” como canciones estandarte. Rompe con Philips y el sello francés Barclay compra su libertad, pero esto le conduce a una encrucijada artística hasta que en 1964 Hispavox le ficha, en cuya operación mucho tuvo que ver el director artístico Waldo de los Ríos. Ese año se reencuentra con Manuel Alejandro, con el que iniciará una fructífera relación y al que calificará del Agustín Lara de su época. Previamente, compartieron escenario en locales madrileños como el York Club o la Parrilla del Rex, en el que, como recordaba Enrique Herreros, el venezolano Gonzalo González se tiró varias temporadas cantando aquello de “cabaretera, mi dulce arrabalera”, que encandilaba a putas decentes y viceversa.

No acabarán con las antes mencionadas las encrucijadas y polémicas discográficas. Cuando va a grabar la banda sonora de *Digan lo que digan* (1966), recibirá una oferta jugosísima de EMI, rival de Hispavox, que acogía bajo su sello a La voz de su amo, Pathé-Marconi, etc. Raphael firmó con EMI, pensando que su contrato con Hispavox había prescrito. Esta decisión terminará con el cantante en los juzgados por incumplimiento de contrato con Hispavox. Aquel importante escollo encuentra solución en Londres en una reunión de Raphael con José Manuel Vidal Zapater, presidente de la discográfica. Se acuerda que Hispavox edite *Digan lo que digan* allí donde no se había publicado, reconociendo sus derechos sobre el máster original. Las aguas vuelven a su cauce, pero aquel contencioso tuvo hasta caricaturas en las que Raphael parecía deshojar la margarita entre sus dos pretendientes discográficas: La voz de su amo e Hispavox. Las servidumbres de quien tenía el éxito absolutamente de cara. Todo ese contencioso lo narra Raphael de manera pormenorizada en sus memorias, en un capítulo titulado “Un mal trago, un juicio y casi, casi la catástrofe”. Una de esas veces, dado el tejemaneje de las discográficas, Raphael tuvo que buscar amparo e intercesión rezándole al Cristo de Medinaceli, muestra de una fe en Dios



absolutamente inquebrantable. Sobre Vidal Zapater, Raphael solo podía tener palabras elogiosas:

Ese día empecé a sentir una gran simpatía y afecto hacia ese hombre que hasta entonces no había hecho sino ponerme pleitos por todas partes. Eso sí, defendiendo, como era su obligación, su propia casa. Como yo defendía la mía. Él pensaba que la razón estaba de su parte. Yo creía firmemente en que, si en algo me había equivocado, todo había sido como consecuencia de una posible precipitación y de haber hecho caso a mi anterior abogado. Pero siempre desde la voluntad de no herir a nadie, de no perjudicar a nadie. De ser justo. Quizá había sido mal aconsejado, pero había tenido la fuerza y la honradez de reconocerlo y plantarle cara. Aquel hombre y yo nos habíamos encontrado en territorio neutral, habíamos sido capaces de llegar a un acuerdo basado en lo sagrado de la palabra dada. La palabra en mí, y para mí, vale más que mil contratos por escrito. Y así lo entendió José Manuel.

Los años sesenta contemplan en el pop español el triunfo de varios grupos. La escena se enriquece entre 1964 y 1967 con Los Brincos, Los Bravos, Los Relámpagos, Los Sirex y Los Mustang. Ese periodo coincide con la eclosión de Raphael, autentico fenómeno de fans. El impacto de Los Beatles es innegable, como lo fue su concierto en España el 7 de julio de 1965. Como alternativa al *pop-rock*, pervive la canción ligera o melódica, la que representa un compositor como Manuel Alejandro, que dota a Raphael de un repertorio extraordinario en estos primeros años.

Sobre la canción melódica caerán algunos prejuicios, como los tuvo en su momento la copla. Al contrario que aquella, sometida a un contexto histórico de posguerra y de autarquía, la canción melódica se desarrolla en una sociedad de consumo y en un país indudablemente más abierto. Se multiplican las plataformas orientadas a los jóvenes, desde festivales de música a programas de radio y de televisión, con revistas musicales dirigidas a ellos y con la aparición de los clubs de fans. Surgen nuevas tendencias musicales que la juventud recibe con entusiasmo: el *rock & roll*, el *beat* americano o la música yeyé francesa. En ese contexto de apertura musical y de juventud vitalista, el producto Raphael se impone y es tan moderno como pueden serlo grupos *beat* como Los Brincos, Los Bravos, Los Sirex y Los Relámpagos.

A este Raphael, que es moda y tendencia para la juventud musical española, se le atribuyen algunos romances, como el que le une con la malograda actriz sevillana Soledad Miranda, futura musa vampírica de Jesús Franco, y que llegó a grabar un EP empapado de la moda yeyé. El joven Raphael goza de buena apariencia, para regocijo de los biempensantes, no lleva melena,



lo que le otorga pedigrí en aquella España más ortodoxa y sociológicamente franquista, que desconfía de la juventud contestataria. A Raphael le sobra voz y estilo. Huye del folclorismo de Manolo Escobar. Es más clásico que moderno y gusta por igual a madres y a hijas. No se mete en política, norma habitual de los practicantes de la canción melódica del país, como apuntaba Daniel Party en su artículo académico “Raphael es diferente: la canción española en el tardofranquismo”.

La posición apolítica de la canción melódica le permitió pasar la censura y florecer bajo regímenes dictatoriales. Aunque nunca fue adoptada como música estatal, su presencia en lugares aprobados por Franco se convirtió en una banda sonora no oficial del tardofranquismo. Como principal exponente del estilo, Raphael fue una figura ambivalente en tiempos contradictorios. En su figura icónica podemos encontrar elementos del franquismo temprano —su autarquía, el nacionalismo orientado a los andaluces y el *pathos* centrado en la Iglesia—, pero también de una nación moderna, cosmopolita, urbana y consumista. A pesar de la presión constante para tomar partido, Raphael mantuvo una postura ambigua respecto del régimen y también con respecto a sus preferencias sexuales. Por otro lado, se opuso a la presión de la industria de la música por mercados segmentados al dirigirse tanto a jóvenes como a adultos. Y, sobre todo, resistió el impulso de interpretar el papel del «macho ibérico» que prevalecía en el cine contemporáneo y la música romántica. Particularmente a través de su estilo de *performance*, Raphael desafió la heteronormatividad y la masculinidad hegemónica, allanando el camino para las transgresiones más audaces de la movida.

Antes de llegar al Raphael de la movida, sugerido por Party al final de su artículo, debemos volver al joven artista que va sumando discos para abrirse camino con canciones como “Llevan”, “Lazarillo”, “Cada cual”, “Inmensidad” o “Quisiera”, “No”, “A pesar de todo” y “Perdona Oteló”. Algunas de estas canciones llegaban hasta el Festival de Benidorm y luego eran grabadas por otras voces. De “A pesar de todo”, firmada por el tándem Guijarro & Torregrosa, hay registros del trío Los galantes, que también grabó “Quisiera”, o de Javier Solís en México y de Lola Flores o Argentina Coral en España.

Como curiosidad, cítese el EP aparecido en México con las canciones “Los jóvenes enamorados”, “Gitanos en caravana” —exposición de lo que se daba en llamar “la *tournée* del hambre”—, “Canto a Tenerife” y ese temprano autorretrato del artista que fue “Esa leyenda”:



El editor y el autor se disculpan por cualquier error u omisión.
Si se detectan, serán rectificadas en cuanto tengamos oportunidad.

© del texto: Luis García Gil, 2022
© del prólogo: Enrique Bunbury, 2022
© de las imágenes: sus autores respectivos
© de esta edición: Milenio Publicaciones S L, 2022
Sant Salvador, 8 — 25005 Lleida (España)
editorial@edmilenio.com
www.edmilenio.com

© Diseño de maqueta: Pilar Júlvez

Primera edición: septiembre de 2022

Impresión:
Arts Gràfiques Bobalà, S L
Sant Salvador, 8
25005 Lleida
www.bobala.cat

ISBN: 978-84-9743-970-1
DL: L 306-2022

Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <www.cedro.org>) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.